

# Metafísica del ser y del espíritu. La filosofía tomista de Alberto Caturelli\*

### 1. *Metafísica realista interiorista y personalista*

En el extenso apartado, que el famoso historiador francés Alain Guy dedica, en su obra de historia de la filosofía iberoamericana, a Alberto Caturelli, se lee: "Siguiendo las huellas de Platón, Plotino, san Agustín, Pascal, Rosmini, Lavelle y principalmente Sciacca, Caturelli rechaza todo naturalismo y todo materialismo, así como todo idealismo inmanentista o panteísta; y admite resueltamente como vencedor al espiritualismo más ferviente"<sup>1</sup>.

Habría que añadir que conoce muy bien la filosofía de Santo Tomás y de los tomistas actuales, principalmente a Mon. Octavio Nicolas Derisi, cuyo pensamiento ha estudiado en profundidad, dedicándole una de sus obras<sup>2</sup>. Sin embargo, en uno de sus últimos libros, publicada en París, Alian Guy afirma: "Caturelli defiende una agustinismo tomista"<sup>3</sup>. También para caracterizar su pensamiento, siempre hay que destacar la profunda influencia de su amigo Michele Federico Sciacca<sup>4</sup>. Como después lo ha sido Caturelli, fue muy conocido en

---

1. ALAIN GUY, *Panorama de la Philosophie ibéro-américaine, du XVe siècle á nos jours*, Patiño, Gêneve (Switzerland), 1989, p. 223.

2. ALBERTO CATURELLI, *Octavio Nicolas Derisi, filósofo cristiano*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Católica Argentina, 1984.

3. IDEM, *La philosophie en Amérique Latine*, Col. Que sais-je?, n. 3273, Paris, PUF, 1997, p. 106.

4. IDEM, *Michele Federico Sciacca. Metafísica de la integralidad*, Genova, Studio Editoriale di Cultura, 1990, 3 vv. Sobre su *Metafísica de la integralidad*. *La filosofía de Michele F. Sciacca*, escribió el filósofo italiano: "He aquí sus más de trescientas páginas sobre un pensamiento que no es solamente el mío expuesto por usted, sino que es también el suyo, porque ha sido repensado por usted, aclarado, participado, profundizado. La suya es mucho más que una monografía sobre un pensador: la exposición objetiva y fiel tiene una impronta persona, usted sabe hacerla suya (...) Usted ha sabido hacer explícitas ciertas implicancias de las cuales yo mismo no me había dado cuenta adecuadamente; sabe decir más de cuanto yo había dicho sin traicionar mi pensamiento y, a veces,

---

\* Texto del Discurso de Presentación en la Solemne Investidura de Doctor Honoris Causa al Profesor Dr. D. Alberto Caturelli por la Universidad FASTA, en Mar del Plata, el día 28 de abril de 2001.

España, e igualmente muy amigo y colaborador del Instituto Filosófico de Balmesiana y de la Universidad de Barcelona<sup>5</sup>.

En ambas obras, el eminente hispanista, al ofrecer en varias páginas la exposición sintética del pensamiento de Caturelli, indica que considera el espiritualismo como: "la propedéutica indispensable a toda metafísica seria"<sup>6</sup>. Para precisar más, habría que añadir que desde esta metafísica se puede reflexionar sobre la persona humana. De este perfil de la obra caterulliana, se ocupó la tesis doctoral *Persona y trascendencia en Alberto Caturelli*, de Felipe-Miguel Escudero Rodríguez, dirigida por el catedrático Dr. Juan Fernando Ortega, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Málaga<sup>7</sup>.

En uno de los estudios dedicados a Caturelli, se había dicho que: "Su filosofía no es epistemología, no es gnoseología, no es antropología, ni cosmología, no es axiología, sino sabiduría en ciernes"<sup>8</sup>. En esta tesis, se sostiene que representa: "Un nuevo empuje hacia una fundamentación y resurgir de la metafísica"<sup>9</sup>.

Se concluye además que: "Se puede considerar la filosofía de Caturelli, en cierto modo, como una ontología y una antropología íntimamente relacionadas, y también una teodicea, porque el hombre religado al ser queda abierto al absoluto, a Dios"<sup>10</sup>.

---

aun mejor de como yo haya sabido hacer" (v. I, p. 7). Confiesa Caturelli, al principio de esta monumental obra: "Aún recuerdo con nostalgia, pero sin poder contener una sonrisa, aquella anécdota que me narró una becaria argentina que asistía a las clases de Sciacca: En 1959, acababa de aparecer la primera edición de mi libro sobre su pensamiento; Sciacca entró al aula con un ejemplar, sobre la mesa y exclamó: 'Quando io non so quello che io penso, lo domando a Caturelli'" (v. I, p. 12). Véase: E. FORMENT, *Alberto Caturelli, Michele Federico Sciacca. Metafísica de la integralidad*, en "Espíritu" (Barcelona), XLI/105 (1992), pp. 90-92.

5. Michele Federico Sciacca fue nombrado "Doctor Honoris Causa" de la Universidad de Barcelona, a propuesta de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, el 24 de septiembre de 1968. El solemne acto de investidura tuvo lugar el 16 de marzo de 1972 en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. El Discurso de Presentación corrió a cargo del Dr. D. José Ignacio Alcorta. En su intervención -que pude oír personalmente Sciacca dijo que el filósofo tiene que ser: "Amigo de todos los hombres, del pueblo, pero el mejor modo de ser amigo de los hombres, del pueblo, es el de decirles su verdad aunque no la quieren oír y aún a riesgo de ver quemada la escuela, como Pitágoras, de ser condenados a la cicuta, como Sócrates a la persecución, como los verdaderos profetas, a la Cruz, como Cristo. El filósofo debe ser la conciencia del pueblo, de sus aspiraciones, de su profundo malestar, sin adularlo, lisonjearlo o divertirlo, como hacen los políticos para obtener votos y mantener el favor del pueblo al tiempo que lo explotan. No desfallezca si recibe insultos y silbidos o si es llevado a comparecer ante un tribunal; prepárase más bien a declarar lo que es, como el Sócrates del *Teeteto* de Platón" (*Solemne investidura de Doctor Honoris Causa*, Universidad de Barcelona, 1972, pp. 34, pp. 14-15).

6. ALAIN GUY, *Panorama de la Philosophie ibéro-américaine, du XVe siècle á nos jours*, op. cit., p. 225.

7. La tesis, que obtuvo la máxima calificación académica, fue defendida el 12 de mayo de 1992, ante el siguiente tribunal: Presidente: Dr Tomás Melendo; Vocales: Dr. José Villalobos; Dr. José Luis López López; y Dr. Eudaldo Forment; Secretario: Dr. Gregorio Gómez Cambres.

8. EDGARDO FERNÁNDEZ SABATÉ, *La obra filosófica de Alberto Caturelli*, Córdoba Universidad Nacional, 1962, p. 15

9. FELIPE-MIGUEL ESCUDERO RODRÍGUEZ, *Persona y trascendencia en Alberto Caturelli*, Tesis doctoral, pro manuscrito., p. 331. El mismo Caturelli, el día 10 de Diciembre de 1991, dictó una conferencia en la Universidad de Málaga titulada "*Reinstauración de la Metafísica*".

10. FELIPE-MIGUEL ESCUDERO RODRÍGUEZ, *Persona y trascendencia en Alberto Caturelli*,

Se demuestra que "El filosofar para Caturelli se origina en la admiración del hombre ante el ser en que él mismo está inmerso, en su decisión personal de búsqueda de la verdad, de descubrimiento del ser; lo que supone formularse la pregunta radical sobre su propio yo y comprometerse personalmente"<sup>11</sup>. Por ello, puede afirmarse que: "La filosofía de Alberto Caturelli es, utilizando sus propias palabras, un '*realismo metafísico interiorista*' (...) Encontramos en Caturelli, un compromiso con la filosofía de lo concreto que parte del hombre, de mi yo, para descubrir el ser y de ahí trascender a un triple diálogo, consigo mismo, con el tú y con Dios"<sup>12</sup>.

A idéntica conclusión, se llega en otra tesis doctoral, titulada *Ser sí mismo, ser y trascendencia en la Metafísica interiorista de Alberto Caturelli*, de Juan Manuel Díaz Torres<sup>13</sup>. El actual del profesor de la Universidad de La Laguna, sintetiza su obra con las siguientes palabras: "En el mundo (...) pero no con el mundo, mundo de necios que pasan por sabios según el espíritu del mundo, Alberto Caturelli, pensador *contra-corriente*, como el mismo se califica, tomista agustiniano o agustiniano tomista, filósofo católico en definitiva, sabe muy bien, y constantemente lo pone de relieve, la cada vez más necesaria restauración de la sacralidad de todo, del pensamiento, de la vida, del mundo, en el tiempo de la historia, en el cual se manifiesta la tensión entre el misterio de la Gracia y el misterio de la Iniquidad, que reduce y pone cerco a la '*pusillus grex*' de los últimos tiempos de la que nos habla San Lucas (Lc 12,32), resistente porque soportará lo adverso que supone el apartamiento de la verdad y la vuelta a las fábulas (II Tim, 4,1-4), y, por ser el cristianismo fermento de vida, reconquistadora acaso tanto en un sentido cuantitativo o comunitario cuanto en un sentido cualitativo o de mayor interiorización personal"<sup>14</sup>.

---

op. cit., p. 42. El tema central de la tesis doctoral, es, con palabras de su autor: "la persona, que para Caturelli es trascendencia interiorizada". Explica seguidamente que: "A modo de introducción para la comprensión de su pensamiento, tratamos en el capítulo I qué es filosofía (...) En el capítulo II pretendemos analizar el punto de partida de su filosofar, deteniéndonos brevemente en la idea del ser (...) En el capítulo III, se desarrolla un primer acercamiento a la idea de hombre en sus escritos de juventud (...) En el capítulo IV, tratamos el tema del hombre como individuo y persona, estudiando las influencias de Santo Tomás y Sciacca. En el Capítulo V, se trata el tema de la comunicación del hombre consigo mismo, con el tú y con Dios. Otros dos temas ampliamente desarrollados por Alberto Caturelli en relación con el hombre han sido la educación y el trabajo, que abordamos en los capítulos VI y VII respectivamente. En el Capítulo VIII tratamos el tema del porvenir del hombre. en el IX el tema de la muerte que nos conduce al Capítulo X, donde se desarrolla la apertura del hombre a la Trascendencia" (p. 21).

11. FELIPE-MIGUEL ESCUDERO RODRÍGUEZ, "La persona en Alberto Caturelli", en JUAN FERNANDO ORTEGA MÚÑOZ (Ed), *Filosofía y Cultura a finales del siglo XX*. Actas del Congreso Internacional de Filosofía", 8-10 de marzo de 1989, Mijas (Málaga), Ayuntamiento de Mijas, 1989, pp. 126-136.

12. FELIPE-MIGUEL ESCUDERO RODRÍGUEZ, *Persona y trascendencia en Alberto Caturelli*, op. cit., p. 46. Véase: JUAN FERNANDO ORTEGA MÚÑOZ, "El realismo metafísico interiorista de Alberto Caturelli", en IDEM (Ed.), *Filosofía y Cultura a finales del siglo*, op. cit., pp. 177- 188.

13. La tesis doctoral, dirigida por Eudaldo Forment, fue presentada en la Universidad de Barcelona el día 16 de julio de 1992, ante el siguiente Tribunal, que le otorgó la calificación de sobresaliente cum laude: Presidente: Agustín Basave Fernández del Valle; Vocales: Alain Guy, Juan Fernando Ortega y Juana Sánchez-Gey. Secretario: José María Romero Baró.

14. JUAN MANUEL DÍAZ TORRES, *Ser sí mismo, ser y trascendencia en la Metafísica interiorista*

Este ideal realizable, como explica el Dr. Díaz Torres, tiene un fundamento metafísico, porque Caturelli, en muchas de sus obras, ha advertido que: "El acto de descubrimiento del ser por parte del ente autoconsciente, que es el hombre –lugar en el que se patentiza el ser– distingue de lo que no-es-yo, que abarca tanto la mera realidad de las cosas sin interioridad y sin libertad, cuanto otros existentes como el-yo, sujetos también implicados en el ser"<sup>15</sup>.

Las constantes e insistentes reflexiones de Caturelli sobre descubrimiento intelectual y afectivo del ser, de la cosa y del tú, a través del yo, le han permitido elaborar: "Una dialéctica positiva realizada en la trascendencia del amor de sí, de tú y de Dios que lograda por el yo, que es interioridad abierta ontológicamente, ab intrínseco-, apertura o disponibilidad al ámbito del misterio, para lo sobrenatural". Lo que puede considerarse una respuesta alternativa a la: "dialéctica negativa de la desolación por la clausura inmanentista conducente al suicidio, al homicidio y al deicidio todo simultáneamente, con un estar muriendo siempre"<sup>16</sup>.

La metafísica realista, interiorista y personalista, como también podría calificarse por su especial atención a la persona es, en definitiva, como se concluye en la tesis: "Una revitalización del pensamiento metafísico cristiano que, desde la restauración, sobre los pilares de la metafísica del ser –de la naturaleza contemplativa de la inteligencia y la preeminente vida interior– de las verdades fundamentales, como son la 'creatio ex nihilo, la participación del acto de ser en el ente finito, la linealidad trascendentista de la historia, la persona humana y la libertad entre otras, denuncia el proceso negativo de la inversión del pensamiento cristiano por parte de las pseudofilosofías inmanentistas modernas y actuales cuyas exigencias disueltas, en su proceso de autoaniquilación por la absolutización de la 'ratio' hallan cabal resolución en el ámbito de la metafísica interiorista"<sup>17</sup>.

## 2. *El ser como llamada y donación*

No es posible sintetizar adecuadamente la metafísica del ser de Caturelli, que le han permitido asumir y resolver tantos problemas ontológicos, antropológicos, éticos, políticos, históricos, pedagógicos y hasta teológicos, en su docencia oral y escrita, reflejada en casi medio centenar de libros y medio millar de artículos y ponencias. Sin embargo, para poner de relieve su extraordinaria importancia, basta examinar brevemente su fundamentación en dos profundas

de Alberto Caturelli, Tesis doctoral, pro manuscrito, p. 2. Véase: ALBERTO CATURELLI, "La filosofía iberoamericana en la obra de Alain Guy", en *Sapientia* (Buenos Aires), XLV/1 (1990), pp. 311-314, p. 312.

15. JUAN MANUEL DÍAZ TORRES, *Ser sí mismo, ser y trascendencia en la Metafísica interiorista de Alberto Caturelli*, op. cit., p. 166. Véase: ALBERTO CATURELLI, *Lecciones de Metafísica. Hacia una metafísica concreta*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1964.

16. JUAN MANUEL DÍAZ TORRES, *Ser sí mismo, ser y trascendencia en la Metafísica interiorista de Alberto Caturelli*, op. cit., p. 169. Véase: ALBERTO CATURELLI, *Reflexiones para una filosofía cristiana de la educación*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1982, pp. 65 y ss.

17. JUAN MANUEL DÍAZ TORRES, *Ser sí mismo, ser y trascendencia en la Metafísica interiorista de Alberto Caturelli*, op. cit., p. 176. Véase: E. FORMENT, *Alberto Caturelli, Michele Federico Sciacca. Metafísica de la integralidad "Espíritu"* (Barcelona), XLI/105 (1992), pp. 90-92.

tesis metafísicas: la *llamada* del ser al espíritu y la caracterización del ser como *donación*.

En una de sus recientes obras, presenta el realismo metafísico, por una parte, como la afirmación objetiva y absoluta del ente, que el ente es o existe, y también la del ser o "esse", su constitutivo formal o su "actus essendi"; y por otra, sosteniendo que el origen y comienzo del conocimiento está en el ente, en algo que tiene realidad en sí mismo, con anterioridad a ser conocido. Todo ello no implica negar o postergar el pensamiento o el sujeto, porque: "Se hace cargo de aquella certeza inicial –que es también experiencia inicial– de la participación del yo (de la conciencia) en el ser, ya que no existe conciencia intelectual que, originariamente, no sea conciencia del ser que es, precisamente, lo primero que cae bajo la aprehensión de la inteligencia"<sup>18</sup>.

El realismo afirma que: "Hay una suerte de lazo inicial entre la conciencia y el ser como lo presente, lo dado ahí 'en bruto', por así decir. Presente en cuanto su presencia es *prae (s) entia*; es decir, aquello que (el ser mismo), anteriormente a los entes, los 'soporta' y los constituye como entes en cuanto participado en ellos"<sup>19</sup>. En la reciente encíclica *Fides et ratio*, Juan Pablo II ha escrito: "La persona, en particular, es el ámbito privilegiado para el encuentro con el ser y, por tanto, con la reflexión metafísica"<sup>20</sup>.

La manifestación del ser en la conciencia, por su carácter fundamental del acto del pensamiento, no es perfectamente clara para el mismo pensamiento. "Este hacerse patente el ser, esta patencia del ser, en cuanto acto inicial (y el ser es siempre acto) es confusa y la generalidad de los hombres no tiene conciencia explícita de ella sino implícita, implicada en cada acto suyo"<sup>21</sup>. Para su distinción es precisa la reflexión metafísica que pasa lo confuso a distinto.

Sin embargo, el ser está presente en todo lo intelectual. Santo Tomás lo manifiesta claramente al afirmar que todo hombre: "en el acto de pensar algo, percibe que existe"<sup>22</sup>. En cualquier acto de pensar, se manifiesta la propia existencia, se percibe o experimenta intelectualmente de modo inmediato el propio ser, y, por tanto, capta, aunque no de manera esencial, el ser.

Puede decirse que, con anterioridad a la abstracción de las imágenes sensibles, que permite la expresión de los conceptos, que manifiestan la esencia de las cosas, el alma posee intelectualmente el ser. Como dice el Aquinate: "La mente, antes de que abstraiga de las imágenes tiene conocimiento habitual de sí misma, por el que puede percibir que existe"<sup>23</sup>.

18. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, México, Edamex, 1991, *Ibid.*, p. 41.

19. *Ibid.*, pp. 41-42. Añade: "Entre la conciencia intelectual y el ser existe una *implicación* puesta de manifiesto en todo acto del pensamiento que siempre se comporta como 'puente' o mediación entre la conciencia y el ser". (*Ibid.*, pp. 42-43).

20. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio*, VII, n. 83.

21. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 42.

22. SANTO TOMÁS, *De veritate*, q. 10, a. 12, a. ad 7.

23. *Ibid.*, q. 10, a. 8, ad 1.

Explica Caturelli que: "El ser-acto (en cuanto *actus essendi*) es aquello participado en todo y en lo que todo es resuelto, puesto que nada cae ni puede caer 'fuera' de él"<sup>24</sup>. Todo la realidad que podemos conocer directamente con nuestro entendimiento participa del ser, lo posee en alguna medida o grado, que expresa su esencia y, en cuanto participada tiene una causa<sup>25</sup>, el mismo ser. Dios, en cuanto conocido por la razón natural que parte de las criaturas, y, por tanto, como creador es el "*Ipsium esse subsistens*"<sup>26</sup>.

De ahí, concluye que: "En este sentido, la *prae (s) entia* del ser, en cuanto tal, voca, llama a la inteligencia que es, desde que es, inteligencia del ser. Luego, el ser participado en el ente es la *vocación* o el 'llamado' originario, inicial, que solamente puede 'escuchar' quien tiene oídos para ello, es decir, la conciencia humana desde que es, precisamente, conciencia de, como conciencia del ser, oye (porque no siempre escucha) la vocación del ser encubierto en los entes". Se comprende así que Juan Pablo II haya dicho que "un gran reto" que tiene el hombre actual: "es el de saber realizar el paso, tan necesario como urgente, del fenómeno al fundamento"<sup>27</sup>, de la apariencia a la profunda realidad del ser.

Una segunda tesis, que sigue a la del aparecer del ser, la formula Caturelli del siguiente modo: "Aunque este acto primero implícito sea lo más originario, para hacerse explícito necesita que la conciencia sea, simultáneamente, conciencia de lo otro *en cuanto otro*; es decir, que lo vea como ob-iectum o como lo dado ahí".

De la primera captación del ser se puede inferir su carácter participado, su participación al ser que le trasciende y es fúndante de su actualidad y perfección, porque: "Todo ente, en cuanto es por participación del ser que en él se muestra, remite al ser que es la perfección fúndante de todos los entes. En los entes se participa el ser *de modo diverso* y, por eso, todo lo que 'tiene' cada ente se reduce al único ser o acto de ser".

En la misma conciencia del ser propio, que permite la atribución del ser a todo lo demás, se nota la graduación de los entes según el ser, porque advierte que: "Cada ente, comenzando por este ente autoconsciente que yo mismo soy, *ejerce* el acto del ser (participado), mientras que el ser es el *acto* mismo"<sup>28</sup>.

El ser es el acto, el acto de los actos, la actualidad de los actos esenciales. Por ello, escribe Santo Tomás: "El ser es lo más perfecto de todo, pues es comparado a todo como acto. Pues nada tiene actualidad a no ser en cuanto es; de donde el mismo ser es la actualidad de todas las cosas, y aún de las mismas formas. De donde no es comparado a otro como el recipiente a lo recibido, sino más bien, como lo recibido al recipiente"<sup>29</sup>.

24. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 42.

25. "De ser ente por participación se sigue que ha de ser causado por otro" (SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 4, a. 1, ad 1).

26. *Ibid*, I, q. 44, a. 2, in c.

27. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio*, VI, n. 83

28. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 42.

29. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 4, a. 3, ad 3.

Teniendo presente este pasaje, que sintetiza toda la doctrina del ser, Caturelli" caracteriza al ser como donación. Ser-acto es el acto (de ser) de todo porque absolutamente nada tiene actualidad sino en la medida en la cual es; luego, si el ser como acto es la actualidad de todo ente, el ser es lo *puramente recibido*. El ser, en cada ente que es por él, es *donatividad pura*".

Aunque el ser participado de los entes es donación limitada, el ser en cuanto tal y donación se identifican. De manera que: "Los conceptos de los entes no sólo no agotan el ser del ente, sino que el ser –de algún modo señalado por el concepto– escapa al concepto inconmensurablemente, como un a-bismo, como un *plus* que no tiene fondo"<sup>30</sup>.

Por recibirlo la esencia, que lo limita en algún grado y medida, el ser participado es restringido en su donación máxima. "Lo habido, lo tenido, es, pues, el ser". Siempre es recibido, porque es la perfección suprema, y, como tal no puede perfeccionarse. Por ello: "En cuanto tal trasciende todo orden formal, aunque lo fundamente; nada hay de más íntimo en cada ente. Quizá deberíamos decir que es la intimidad última de la misma intimidad ontológica de cada ente"<sup>31</sup>. El ser, el acto de los actos, la forma de las formas, está, afirma Santo Tomás: "en lo más profundo de todo"<sup>32</sup>.

Queda así diferenciado el ser del ente. "En cuanto *actus* (acto de ser) es realmente distinto de lo que es el ente. Pero, allende el ente, quizá con un poco de audacia, podríamos decir que, en cuanto acto, es el ser-total, porque incluye todo, ya que si algo se excluye del ser, *nada*".

Con ello, queda justificada la primera tesis del ser como manifestación a la conciencia, ya que: "Esa totalidad-acto es confusa o, si se quiere, clausura; pero de aquella hondura proviene la vocación, es decir, el llamado del ser"<sup>33</sup>.

Como consecuencia, la filosofía, que es un saber intelectual humano, pero en su grado más profundo y supremo –Juan Pablo II ha afirmado que: "cada hombre (...) es, en cierto modo filósofo"<sup>34</sup>– es filosofía del ser. "El acto del filosofar como pensar del ser en los entes, es una suerte de respuesta originaria, dicho de otro modo, es la respuesta a la vocación del Ser-total".

La filosofía en su formalidad metafísica es la respuesta del espíritu que permite descubrir el velo del ente que oculta el ser. Como concluye nuestro autor: "El acto del ser habido en el ente, se encubre en el ente, sea éste el que fuere, aunque sólo la conciencia intelectual del hombre (el único ente que posee el saber originario del ser) puede des-encubrir o develar el ser del ente"<sup>35</sup>.

30. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 42.

31. *Ibid.*, pp. 42-43.

32. SANTO TOMÁS, *Summa Theologiae*, I, q. 8, a. 1, in c.

33. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 43.

34. JUAN PABLO II, Encíclica *Fides et ratio*, III, n. 30.

35. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo*, op. cit., p. 43.



### 3. *El inmanentismo y el mal*

El desarrollo de su metafísica interiorista del ser y de la persona, le ha permitido a su autor examinar y valorar el mundo moderno o la llamada "modernidad" con una claridad y profundidad única. Ha patentizado en múltiples investigaciones que su esencia está en su filosofía inmanentista. "El inmanentismo –explica– no significa otra cosa que la expresión filosófica y sistemática, docta del 'espíritu del mundo'. El Espíritu, ha dicho Hegel, es infinita inmanencia, substancia infinita; en cuyo caso, todo es inmanente a sí mismo y no hay 'espacio', por así decir, para un Dios trascendente y revelante y por eso será inútil tratar de conciliar inmanentismo y Cristianismo"<sup>36</sup>.

El inmanentismo es el responsable del actual secularismo desacralizador, porque: "Satán odia no solamente la trascendencia sino todo lo sagrado, en el lenguaje de hoy, podemos decir que es el dios de la inmanencia y el dios de la secularización, puesto que, en cuanto Adversario, debe hacer del 'siglo' del 'mundo', un ab-soluto no ligado a Dios sino autosuficiente"<sup>37</sup>.

El inmanentismo está directamente relacionado con el problema del mal. Afirma Caturelli que: "Sin ninguna duda debemos decir que el demonio induce, sugiere, el inmanentismo total de la vida, el secularismo autosuficiente y la desacralización de todo lo que es. Tal es el insondable misterio del mal en la historia y lo que a la historia le ha conferido su carácter dramático y doloroso"<sup>38</sup>.

En la modernidad se ha dado lo que Caturelli denomina "*el olvido de Satánas*". Es preciso tener en cuenta que: "En Satán tiene su origen el pecado y como el mal no tiene naturaleza, es la *negación del ser*, es decir, la *mentira radical*; con el pecado comenzó a actuar la negatividad en la historia que, como una naturaleza segunda, actúa con el anti-Yavé o el anti-Creador puesto que intenta la *nadificación del ser*. Por eso en el demonio 'no hay nada de verdad' (Jn. 8, 44) y quiere trocar la verdad de Dios en mentira (Rom., 1, 25)"<sup>39</sup>.

Así es posible comprender, por qué es "sagazmente negado aunque ocultamente exaltado por el 'espíritu del mundo'<sup>40</sup>, porque: "Si la verdad de un ser es su conformidad con la idea divina, Satanás quiere trocar esta Idea en su opuesto: la belleza en la fealdad, la verdad en la mentira, la bondad en la maldad, la luz en las tinieblas, el ser, pues, en la *nada*; trátase entonces de una *inversión de los trascendentales*, especie de demencia ontológica que ha puesto en la interioridad de la historia su incoercible tendencia al no-ser".

Niega el ente y sus propiedades trascendentales y niega también la gracia. "Como la regla de toda verdad es el Verbo, el demonio no solamente peca desde el principio y es padre de la mentira sino que es, por eso mismo, *verbicida*. En tal carácter (como tan bien lo vieron San Agustín, San Ireneo, Clemente Alejandro y todos los Padres) el demonio cumple un papel esencial en la historia del

36. IDEM, *La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, Buenos Aires, Editorial Almena, 1974, p. 15.

37. Ibid., p. 95.

38. Ibid., p. 96.

39. Ibid., p. 94. Véase: E. FORMENT, Alberto Caturelli, *La libertad. Cinco meditaciones filosófico-teológicas*, Córdoba, 1997; en "Espíritu" (Barcelona), XLVIII/119 (1999), pp. 135-136.

40. IDEM, *La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, op. cit., p. 93.



hombre pues Satanás se coloca en lo contrario del ambiente de Gracia" (...) es la misma 'anti-vida' y, en cuanto tal, es esencialmente homicida desde el principio, como le llama San Juan (Jn, 8, 44)<sup>41</sup>.

Niega incluso el ser. "Porque es padre de la mentira es el gran Adversario del que es la Verdad; se comporta como tortuosos obstáculo respecto de quien es el Camino; pero su mentira es ontológica en la misma medida en la cual es el anti-Creador y porque, siéndolo, debe odiar toda la entidad del ente creado; es decir, el ser mismo del ente. Podría decirse que si Satanás pudiera, se daría el absurdo de su propia *nadificación*"<sup>42</sup>.

Es el padre del nihilismo radical. A la pregunta de Fausto "quién eres", responde Mefistófeles: "Soy el espíritu que todo lo niega"<sup>43</sup>. Como indica también Caturelli: "Reduciría a nada el mismo ser; pero en cuanto hay orden no en la nada sino sólo donde hay ser, Satanás odia el orden (que es su contrario) y pone en todo lo que puede el *desorden radical*". Es, por tanto, igualmente padre del desorden fundamental. "En cuanto quiere nadificar el ser, es *hipócrita* consigo y en cuanto desea el desorden es una especie de *suicida* que eternamente no concluye de suicidarse".

Además del deseo del nihilismo y del desorden, de la hipocresía y del suicidio, es el padre de la *muerte*. "Todo cuanto existe es asumido por la Mediación del Verbo salvador que es la Verdad y la Vida, por eso mismo, el padre de la mentira y de la muerte es el mediador de la muerte".

Otra característica suya es la de ser padre del *secularismo*. "El que peca desde el principio y es homicida desde el principio, el padre de la mentira (Cabeza del anti-Cuerpo Místico) y mediador de muerte, es por esencia el que se afina en el mundo; en cuanto 'mundo' significa el mismo ambiente de pecado donde se absolutiza lo finito y se niega la trascendencia, él es el 'príncipe de este mundo' que induce a los hombres al mal autodestructivo"

Es, por tanto, el dios de la secularización absoluta. "Satán odia no solamente la trascendencia sino todo lo sagrado; en el lenguaje de hoy podemos decir que es el dios de la inmanencia y el dios de la secularización puesto que, en cuanto Adversario, debe hacer del 'siglo', del 'mundo', un absoluto no ligado a Dios sino autosuficiente"<sup>44</sup>.

Este sexto rasgo es coherente con los anteriores. "Satánas, así como niega la Creación (es el anti-Creador) quiere negar a Dios trascendente resolviéndolo todo en la inmanencia del mundo; es el dios de la secularidad total, de la desacralización absoluta y, por eso, como un poder subterráneo y demoleedor, intenta por un lado sofocar toda obra sobrenaturalmente buena y, por otro, conducir al hombre a su propia aniquilación"<sup>45</sup>

41. Ibid., p. 94

42. Ibid., p. 95.

43. GOETHE, *Fausto*, I., Espíritus en el corredor.

44. ALBERTO CATURELLI, *La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, op. cit., p. 95.

45. Ibid., pp. 96-97.

Como consecuencia, afirma Caturelli: "Sin ninguna duda debemos decir que el demonio induce, sugiere, el inmanentismo total de la vida, el secularismo autosuficiente y la desacralización de todo lo que es. Tal es el insoldable misterio del mal en la historia y lo que a la historia le ha conferido su carácter dramático y doloroso"<sup>46</sup>.

Por último, lo define como responsable de la extroversión humana a que lleva el secularismo. "Dios del tiempo de la inmanencia del mundo a sí mismo, demiurgo del temporalismo disperso y secular, una suerte de 'señor' del vaciamiento del hombre y de la desolación autodestructora".

Añade, por ello, que: "Invirtiendo la expresión agustiniana, Satán podría decir: 'Derrámate fuera; sale de dentro de ti mismo, porque en el hombre exterior habita la 'verdad'; y si hallares que su naturaleza es mutable, quédate en ella, pues en la inmanencia de tu ser, llegarás a ser semejante a Dios' (...) semejante a él por sí mismo. Induce por ello al hombre a ser autosuficiente y semejante a Dios no por la Gracia sino por sus propias fuerzas humanas"<sup>47</sup>.

#### 4. *Enfermedad metafísica*

La secularización inmanentista ha afectado a todas las realidades humanas. Se puede notar, en primer lugar, en el *desplazamiento del sentido de la ciencia y la técnica* de nuestros días. Sostiene Caturelli que: "El sentido de la ciencia y de la técnica están dentro, no fuera, del hombre". De manera que: "Si la ciencia y la técnica, tanto en su dirección cuanto en sus producciones, depende del hombre interior, cuyos momentos son siempre recogidos en el presente de la conciencia, entonces espontáneamente se subordinan a la persona y al fin de la persona; si, por el contrario, corrompidas en cientismo y en tecnicismo, escapan el dominio de la persona, ésta queda a la zaga de sus creaciones y se va a dispersa en el estéril temporalismo exterior"<sup>48</sup>.

Esta última posibilidad se da, porque: "El inmanentismo en todas sus formas, particularmente en (...) el progresismo secularista, impulsa a la ciencia y a la técnica a la conquista del mundo mirado como autosuficiente regnum hominis, pero renunciando a asignarle un sentido trascendentista; en esa medida, carece de dominio sobre sus creaciones y va generando su propia destrucción"<sup>49</sup>.

La ciencia y la técnica no pueden salvar al hombre de su autoaniquilación., puesto que: "En el desparramo del temporalismo dispersivo, no hay ni podrá haber nunca solución y el hombre seguirá no solamente rezagado tras sus propias creaciones sino cada vez más negado y vulnerado en su misma naturaleza".

Tampoco la ciencia y la técnica en cuanto tales son responsables de la pérdida de la interioridad humana, o de la "desolación", tal como le denomina Caturelli. "Es, pues, el hombre mismo –añade– quien se ha perdido a sí mismo,

46. Ibid., p. 96. Véase: ALBERTO CATURELLI, *El hombre y la historia*. Filosofía y Teología de la historia, Buenos Aires, Editorial Guadalupe, 1959.

47. ALBERTO CATURELLI, *La Iglesia Católica y las catacumbas de hoy*, op. cit., p. 96.

48. Ibid., p. 121. Véase: ALBERTO CATURELLI, *La metafísica cristiana en el pensamiento occidental*, Buenos Aires, Ediciones del Cruzamante, 1983.

49. Ibid., pp. 121-122.

dispersando su vida en la exterioridad pura y en el secularismo total donde pone sus propias creaciones; no son ni la ciencia ni la técnica las causantes de su tragedia actual sino el mismo hombre que corrompe su naturaleza". Su filosofía inmanentista le ha desolado. El inmanentismo es, por tanto, en segundo lugar, la causa de la *corrupción o destrucción de la verdadera naturaleza humana*.

Con este vaciamiento del hombre: "El tiempo interior del señorío y del autodomínio se ha corrompido en el temporalismo exterior del servilismo y de la esclavitud a sus propias 'cosas'; a esto debe agregarse la paradoja cruel y el engaño cotidiano que consiste en el hecho de creerse el hombre que es más libre cuanto más corre tras sus 'cosas' exteriores; por el contrario la dispersión temporalista (...) desparrama todos sus momentos y, por eso, vacía al hombre; y su interioridad, trágicamente, se ha convertido, en muchos casos, en una suerte de nada"<sup>50</sup>.

El inmanentismo, por consiguiente, ha invertido el sentido de la ciencia y de la técnica, que han dejado de estar al servicio del hombre para convertirse en destructivas de la misma interioridad humana y, con ello, abocándola en lo que Caturelli denomina "*temporalismo dispersivo*", porque: "El progreso tecnológico (aunque proclame tantas veces lo contrario) lejos de enriquecer y ahondar la interioridad del hombre, cotidianamente lo dispersa fuera de sí, en la exterioridad pura ya del 'mundo' en total, ya del artefacto, ya de las superficiales 'relaciones públicas', ya del mismo trabajo tecnificado, en cuanto lo dispersa, lo vierte no al presente interior donde el hombre recupera su unidad de persona, sino en el temporalismo dispersivo donde todos los instantes mueren en el acto mismo de aparecer"<sup>51</sup>.

Explica seguidamente que: "Este temporalismo puramente secular, negación del tiempo interior, permite que el hombre jamás pueda encontrarse a sí mismo, olvidado de sí, tiene horror del recuerdo de sí en la interioridad, desolado, tiene horror a la soledad y al diálogo interior. Necesita del ruido y de la estridencia; necesita ser aturdido y siente necesidad de alzar la voz, oyéndose sin escucharse, porque no sabe quizá de su atroz desolación, necesita de las multitudes y es, por eso, en cierto modo 'gregario', debe ir donde los demás, hacer lo que hacen los demás, gustar lo que los demás gustan, no porque ame a los demás (vistos como meros 'otros' no como el 'vosotros' que nos constituye) sino porque ni siquiera sospecha que puede escoger personalmente, que puede volver su mirada a la interioridad donde, en el presente del silencioso tiempo interior, en su callada soledad encontrará a su prójimo como íntimo y amado"<sup>52</sup>.

Ha olvidado su ser personal, que, como enseña la metafísica interiorista, se manifiesta en la interioridad de la conciencia, y, con ello, su individualidad. "Todo acto personal, precisamente porque es personal y no 'masivo', necesariamente se distingue como las huellas dactiloscópicas de un hombre se distinguen de las de cualquier otro, por eso, cada *acto propio* del hombre del *silencio*

50. Ibid., pp. 122-123

51. Ibid., p. 126.

52. Ibid., pp. 126-127.

*interior*, es decir, de quien es plenamente consciente de su condición de persona, es siempre *distinto, único, intransferible*<sup>53</sup>.

En esta pérdida de la propia individualidad, del ser propio y personal, en esta "enfermedad metafísica"<sup>54</sup>, tal como la llama Caturelli "Hay que buscar la causa de la pasión *igualitarista* que aqueja a las multitudes, inconscientes de haber sido asumidas por una concepción inmanentista del mundo y de la vida". Precisa Caturelli: "No me refiero aquí a la igualdad esencial-ontológica de los hombres entre sí, todos y cada uno creados a imagen de Dios; me refiero a la verdad, que fluye de aquella, y que consiste en la diferencia accidental pero constitutiva de los hombres entre sí. Hay pues una igualdad esencial y una diferencia constitutiva (accidental) de los hombres entre sí; esta última desigualdad, defensa natural de cada hombre ineludiblemente social, es ignorada o explícitamente odiada por el mundo tecnocrático actual aunque esta actitud proviene del democratismo igualitarista, liberal y 'progresista' que afecta al hombre desde el iluminismo secularista del siglo XVIII"<sup>55</sup>.

Los *medios de comunicación* han contribuido a la propagación de esta enfermedad. metafísica, un tercer efecto del inmanentismo. Por su medio se: "trivializa todo el orden de la vida cotidiana, así, todos son 'amaestrados' para 'pensar' lo mismo, para solicitar el mismo producto, para repetir los mismos chistes, para repetir las mismas expresiones"<sup>56</sup>.

Se vive así en: "El mundo de la frivolidad cotidiana en el cual el hombre se ignora, olvidado de sí. Como el avestruz pampeano que esconde la cabeza en la tierra cuando el peligro está cerca dejando al descubierto todo su enorme cuerpo, así el hombre de la frivolidad cotidiana trata de ocultarse a sí mismo, en el mundo de los pseudo-palabras y de los pseudo-compromisos, logra cierta apariencia de 'seguridad' y, a veces, cierta apariencia de 'heroísmo'"<sup>57</sup>.

En realidad: "Esta trivialización secularista de la vida actúa como una máscara del naufragio interior. En verdad, la *frivolidad* se caracteriza por mantener la apariencia de la des-preocupación (...) podría afirmarse que la suprema aspiración de la frivolidad sería poder ocuparse de todos los grandes valores del hombre sin importársele nada de ellos (...) Esta frivolidad como quintaesencia del 'espíritu del mundo' ha penetrado y envenenado la familia, la sociedad, la Iglesia, las comunidades religiosas"<sup>58</sup>. La frivolidad es así, un cuarto efecto del inmanentismo,

La enfermedad metafísica daña al *trabajo humano*. "La tarea igual e igualitaria reemplaza la distinción personal". De manera parecida: "Las '*relaciones humanas*' (puramente epidérmicas) reemplazan la relación existencial (y personal) con el prójimo"<sup>59</sup>. De este modo: "El temporalismo dispersivo y exteriorista, por

53. Ibid., p. 127.

54. Ibid., p. 129.

55. Ibid., p. 127.

56. Ibid., p. 128.

57. Ibid., p. 136.

58. Ibid., pp. 136-138.

59. Ibid., p. 128.

medio de las 'public relations', de las 'human (sic) relations', del 'trabajo en equipo', ha logrado obnubilar la comunicación existencial y personal, dejando al hombre en la desolación de un mundo de mónadas cerradas (sin interioridad) aunque muy bien 'educadas' socialmente<sup>60</sup>.

También afecta al llamado "tiempo libre". Se pregunta Caturelli "¿Por qué 'tiempo libre'? ¿Libre de qué? Debe entenderse que está 'libre' del trabajo que produce 'cosas', es decir, libre de la acción porque es un 'tiempo' en el cual no se sabe qué hacer. Siempre el acento está puesto sobre el hacer. Por eso, el tiempo 'libre' es, en realidad, un tiempo vacío. En nuestros términos, un temporalismo vacío. Cumplidas las horas de jornada diaria, queda un vacío que, en cuanto el hombre se queda solo después del trabajo, es decir, cuando tiene que encontrarse consigo, no sabe qué hacer. Y allí reside el error, porque no se trata de algo por hacer, sino de cultivar precisamente ese encuentro consigo"<sup>61</sup>.

Ni la ciencia ni la técnica pueden proporcionar el remedio para su adecuada orientación, para la desolación, para la enfermedad metafísica, que lleva al temporalismo exterior y dispersivo y a la pérdida de la individualidad, y para la frivolidad, dolencias causadas por el inmanentismo moderno. "El proceso del inmanentismo no tiene pues solución como no sea saliendo de él. En la medida en la cual se persista en este camino (y nada parece indicar lo contrario) el mundo de hoy se encamina al desastre"<sup>62</sup>.

Caturelli ha enseñado siempre con su vida, su magisterio oral y escrito que es preciso "Revertir el proceso del inmanentismo no solamente en el orden del pensamiento general, sino en el plano de la vida cotidiana"<sup>63</sup>. Para ello, señala el camino ya enseñado por San Agustín de la interioridad, la recuperación de la metafísica del espíritu, que es la metafísica del ser, porque: "En la memoria de sí que es la misma presencia del ser en la interioridad, el hombre posee el acto primero y originario de la contemplación inicial de la verdad del ser; después suele perder este impulso inicial sin percatarse que es por ese acto primero que es capaz de pensar, pero si se cultiva este acto contemplativo primero, pronto tendrá conciencia de su propio movimiento interior hacia la suprema contemplación final, como acto que completa el desarrollo del tiempo interior".

El camino interior, tal como enseñó San Agustín, es el camino de la trascendencia. "Así, en la *médula* del espíritu, por así decir se descubre la vocación contemplativa del hombre que comienza con un radical encuentro consigo mismo. Silencio interior donde escucha la palabra originaria de la verdad"<sup>64</sup>. Donde transcurre "el tiempo interior de la trascendencia"<sup>65</sup>.

60. Ibid., pp. 130-131.

61. Ibid., p. 131.

62. Ibid., p. 138. Confiesa: "Siento cierto horror cuando compruebo (...) que el mundo de la abundancia y de la miseria interior quiere 'ayudar' al mundo de la miseria física ... exportándoles su propia miseria del espíritu. "Si alcanzara su objetivo, lograría pueblos ahitos cuya ya 'superada' miseria física habría sido reemplazada por su miseria interior" (Ibid., p. 130)

63. Ibid., p. 120.

64. Ibid., p. 131.

65. Ibid., p. 132.

Por eso, este hombre, antes y después de los 'quehaceres' y aun durante ellos, ama la soledad y el silencio; su tiempo libre no es un tiempo vacío porque no es un temporalismo condenado a muerte. En el tiempo libre no tiene por qué ordenarse necesariamente a un 'hacer' ni se desespera por algo por hacer; prefiere no hacer nada para contemplarlo todo comenzando por sí mismo y, en la luz de la verdad del ser, amar a los suyos y a los demás.<sup>66</sup>

### 5. *Metafísica del descubrimiento*

Su metafísica del ser también ha posibilitado al profesor Caturelli el ofrecer una reflexión filosófica y teológica sobre el descubrimiento del Nuevo mundo. Sobre esta cuestión más concreta confiesa que es "uno de los temas más profundamente míos"<sup>67</sup>.

Podría considerarse como su punto de partida la distinción entre hallazgo y descubrimiento. Explica nuestro autor que: "Hallar no es descubrir, aunque todo descubrimiento supone el hallazgo (...) hallar es un mero hecho que, una vez producido, en sí mismo *termina*; en cambio (...) descubrir, aunque comience en un acto, se trata de un *proceso* que comienza en un acto inicial"<sup>68</sup>.

La razón de esta diferencia en la continuidad está en que: "Hallar (...) es simplemente, dar con algo; en cierto modo es chocar o topar con una cosa (...) Quien topa con algo o lo halla, no necesariamente lo descubre en su ser y podría ocurrir (como de hecho acontece muchas veces) que conviva siempre o por mucho tiempo con cosas y personas que ha hallado, pero que no ha descubierto".

El hallazgo podría decirse lo es de lo fenoménico, porque: "el mero hallar no devela y, en cierto modo, lo hallado es, en cuanto meramente hallado, clauso en su ser que permanece velado". Hallar es así: "Topar con algo sin hacerse cargo de su ser y su sentido". Como consecuencia el: "Hallar simplemente, no genera historia";

En cambio, el objeto del descubrimiento es lo profundo y fundamental, que se va revelando en el transcurso temporal. "Descubrir implica no solamente el ser de la cosa sino el tiempo y, con él, la memoria de ese acto inicial y progresivo (...) Descubrir es develar lo que tal cosa es y es acto esencialmente histórico". Por ello: "Es propio de la conciencia intelectual la potencia de trascender el mero hallar inmediato que es acto común de la conciencia primitiva"<sup>69</sup>.

Tanto el hallazgo como el descubrimiento implican un encuentro, pero no es del mismo tipo. "El encuentro en el plano puramente empírico o apenas psicológico, viene a coincidir con el hallazgo". No así en el intelectual o propiamente

66. *Ibid.*, pp. 131-132. El ocio contemplativo ha encontrado su contradictorio en el 'tiempo libre' de la sociedad tecnocrática orientada hacia el activismo exteriorista" (*Ibid.*, p. 132).

67. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, México, Edamex, 1991, p. 23. Otra aplicación muy importante de su metafísica del ser está expuesta en la obra: ALBERTO CATURELLI, *Metafísica del trabajo*, Buenos Aires, Librería Huemul, 1962.

68. *Ibid.*, pp. 46-47.

69. *Ibid.*, p. 47.

humano, porque: "El encuentro verdadero se produce en el orden metafísico; si el ser-acto (el acto de ser) sólo se muestra (se hace evidente) en el ente (autoconsciente), al mismo tiempo que es lo más íntimo de tal ente, lo trasciende siempre y es común con el otro ente autoconsciente (mi prójimo); de ahí que deba decirse que, en ese sentido, no existe sujeto humano *sin* el otro sujeto, yo sin tú, y esto constituye el verdadero encuentro que es siempre metafísico y personal; trátase de una relación dinámica, libre, fundada en el ser que es común a los sujetos en cuanto participado –donado– en ambos; la relación que implica el término 'encuentro', ya no es meramente física, ni meramente psico-somática, sino interpersonal<sup>70</sup>.

Además del mero encuentro empírico, puramente extrínseco, y del encuentro metafísico, que es de persona con persona, existe el encuentro entre culturas. "Un encuentro cultural, sigue siendo personal, individual-personal. Sin embargo, nadie puede negar las influencias mutuas entre las diversas culturas; pero, en tal caso debe reconocerse que las personas son los vasos comunicantes entre las culturas, no éstas tomadas como todos abstractos, o tomadas globalmente<sup>71</sup>.

Teniendo en cuenta estas distinciones no puede decirse que América fue hallada, ni que hubo un mero encuentro entre culturas, tal como sostienen algunos. Para ellos, el llamado descubrimiento de América: "Se habría tratado, simplemente de un mero 'encuentro', no-personal, entre 'culturas' diversas, pero del mismo nivel. Pretender formular el más mínimo juicio de valor comparativo, significaría caer en el pecado mortal del 'etnocentrismo' y, para muchos, en el dominio (dialéctico) de una cultura invasora sobre otra dominada".

Respecto a la equivalencia de las culturas, cuenta Caturelli que: "Decía Sciacca con ironía, lo 'cocido' del antropófago es un producto cultural con el mismo título que la *Metafísica* (de Aristóteles) o la *Divina Comedia* (...) Consideraba que este modo anti-cultural de concebir la cultura puede fascinar a pueblos poderosos pero sin gran tradición cultural: 'el corazón de estos pueblos palpita fuertemente al oír decir que los diversos modos de beber la coca-cola en los Ángeles o de resonar el tam-tam están en el mismo plano que el Partenón o las sinfonías de Beethoven'<sup>72</sup>.

Teniendo en cuenta esta distinción sostiene Caturelli que América fue *descubierta*, no meramente hallada o encontrada. "Todo ente (como un continente nuevo) 'tiene' y no es el ser, de cuyo acto participa, por eso (...) el ser-acto es prae(s)entia, como previo ser presente el ser al ente. De ahí que, como han enseñado los griegos, el ser (o la verdad del ser) está 'cubierto' o encubierto en el ente (...) des-cubrir será, ante todo, un *originario* de-velamiento que, por otra parte, *no concluye*<sup>73</sup>.

70. Ibid., pp. 48-49.

71. Ibid., p. 49.

72. Ibid., p. 50. Véase: MICHELE FEDERICO SCIACCA, *Gli arietii contro la verticale*, en *Opere Complete*, Milano, Marzorati, 1969, vol. 30, pp. 133-134.

73. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 50.



Como enseña la metafísica: "El ser mismo o lo presente ahí dado, aparece o, si se quiere, consiste en el mismo acto de aparecer, en el sentido de hacer-frente como el algo que emerge del ocultamiento. El ser-presente es originario ob-iectum". Este ser u objeto aparece a la conciencia, que sea, por una parte crítica y por otra histórica. "No es propio, ni puede serlo, de una conciencia primitiva que aún permanece indistinta respecto del ob.iectum; la conciencia primitiva está inmersa en una unidad todavía no escindida, en la cual sujeto-objeto no se oponen, abismada en lo Mismo, en lo cual lo otro en cuanto otro es como si nada, naturaleza y cultura todavía no se han distinguido por la mediación crítica del pensamiento".

En este estado sólo se puede hallar o encontrar, porque: "Para la conciencia primitiva no es posible des-cubrimiento como develación del ser participado en los entes, y, por tanto, no es posible, estrictamente hablando, ningún descubrimiento, ni del ser, ni de ningún 'aspecto' del ser. Sólo una conciencia crítica e histórica puede plantearse el problema del descubrimiento, allende el mero hallar (siempre supuesto) y el mero encontrar"<sup>74</sup>.

La llegada de Cristobal Colón y los españoles, en 1492, a América fue muy distinta, por ello, de una posible de hombres del Norte, antes del año 1000. "Si fuera comprobado alguna vez que los vikingos llegaron a Groenlandia hacia el 982 y alcanzaron la bahía de Hudson y El Labrador, lo único que se probaría es que solamente 'hallaron'; es decir, que se trataría de un mero topar con algo sin hacerse cargo de su ser y su sentido"<sup>75</sup>.

Para extraer de esta diferencia esencial todo su sentido, Caturelli recurre, como en otros temas, al *mito de la caverna*. "Los hombres que, desde niños, están encadenados sin poder mirar sino hacia adelante, no ven, en cierto modo, nada; pues sólo miran las sombras, el *hombre común* que no se ha hecho cargo de que algo existe, se acerca al *primitivo* pues, para él, no parece haber distancia crítica con lo otro en cuanto otro. En realidad, no se hace cargo de lo más maravilloso. que hay ser y que las cosas existen en cuanto participan de él. Por eso, sólo mira sombras". Como indicaba Platón: "Si fueran liberados de sus ataduras y alguno de ellos obligado a mirar el Sol inteligible, quedaría perplejo, pues aun estando más cerca de la realidad, nada vería y nada podría descubrir".

Según Platón: "La inteligencia, por tanto, debe volverse 'con el alma entera' hacia la luz. Esto es un ascenso y una liberación que no solamente la hace capaz de des-cubrir lo cubierto (Que es la verdad del ser de cada 'aspecto' del ser) sino que es des-cubrimiento progresivo, ya que la verdad jamás se agota en un 'aspecto' suyo"<sup>76</sup>.

74. Ibid., p. 51.

75. Ibid., p. 47 "Por eso, cuando el presidente de los Estados Unidos, el señor Johnson, en 1964, proclamó el 9 de octubre como el día de Leif Erikson en recuerdo del descubrimiento de América... del Norte, cayó en el ridículo. Se fundaba en el hallazgo de una piedra que, al parecer, tenía caracteres rúnicos, encontrada en Minnesota en 1898 y luego depositada en el museo de Washington ... aunque más tarde se afirmó que era falsificada..." (Ibid., pp. 47-489).

76. Ibid., p. 51.

Puede afirmarse, por ello, que, independientemente de los que viven esclavizados por la inmediatez, en el mito: "Hay un doble camino: una *dialéctica ascendente* hacia el Sol inteligible y una *dialéctica descendente* desde la luz a las tinieblas. Quien ya ha des-cubierto el Ser y regresa (o desciende) al mundo de las cosas, sabe que las cosas son más que meras cosas, que los entes son más que entes (...) Hay, pues, dos ofuscaciones de los ojos (...) dos desconciertos positivos porque se asientan en el des-cubrimiento de lo cubierto en cada ente; y este doble movimiento es intermedio entre las sombras y la luz"<sup>77</sup>.

Por este doble movimiento, el descubrimiento no se da sólo al principio, sino que van dando otros sucesivos que lo perfeccionan. Hay un: "descubrimiento inicial (...) supuesto en todo descubrimiento- y que es el develamiento del ser participado en todo ente; pero hay, al mismo tiempo, que agregar que el descubrimiento es progresivo desde que el ser es una suerte de abismo inagotable; por eso, todo descubrimiento (...) no se reduce a un solo acto que termina en sí mismo, sino que consiste en una reiteración progresiva en el tiempo; es, en verdad esencialmente temporal y, en el presente, debe ser siempre continuado, so pena de un encubrimiento de lo descubierto". Lo que se da no sólo en el descubrimiento filosófico, el más perfecto de la conciencia crítica, sino en todo descubrimiento.

En cambio: "Una conciencia sumida en las sombras, es decir, en la inmediatez de lo dado ahí (lo meramente estante que mira el hombre encadenado del mito platónico), nada descubre ni puede descubrir, mientras no pase por la ruptura de la inmediatez y abra el hiato entre la inteligencia y el ob-iectum. El alma liberada, que ya ha comenzado el peregrinaje de su ascenso-descenso al ser, puede llegar al término mismo de lo inteligible, ve lo que cada cosa es, es decir, de lo máximamente desencubierto que se muestra en lo 'cubierto' de cada ente. De ahí que la conciencia crítica deba luchar siempre para vencer el encubrimiento de lo cubierto, por no dejar que le tiranice condenándole al mero hallazgo, o al mero 'encuentro' extrínseco con los entes".

Recurriendo –como indica el mismo Caturelli– "a las agudísimas reflexiones de Heidegger, aunque sin compromiso alguno con sus implicaciones filosóficas"<sup>78</sup>, sostiene que, en el descubrimiento: "Absolutamente hablando, lo presente apareciente es el ser o lo máximamente des-cubierto; relativamente, todo otro descubrimiento –sea de tal cosa o de tal otra– supone la develación de su ser, es decir, de su ser participado, por eso, no concluye y, aunque, en cada caso puede ser nadificado u ocultado, para que sea y siga siendo descubrimiento, es menester que sea un acto progresivo, siempre renovado en el tiempo".

Puede así concluir, en primer lugar, que: "Descubrir es, así, relativamente, develamiento temporal, progresivo, de lo que tal ente es; precisamente en cuanto progresivo, su mismo consistir puede irse develando y aclarando en la

77. Ibid., pp. 51-52. Indica que esta doble dialéctica: "Es el movimiento típico de la reflexión filosófica y, a la vez, pone en evidencia porqué el des-cubrimiento en sí mismo se dice a-létheia: lo desencubierto no es meramente hallado o encontrado, sino lo que está haciéndose presente siempre" (Ibid., p. 52).

78. Ibid., p. 51.

historia. Y también por lo mismo, descubrimiento, aunque lo suponga, ninguno puede ser reducido a mero hallazgo<sup>179</sup>.

En segundo lugar, que: "América, como continente *físico-geográfico* 'estaba oculta' a la noticia del hombre europeo y fue objeto de un hallazgo; como un *mundo geográfico y humano*, fue objeto de un descubrimiento progresivo"<sup>180</sup>.

### 6. *Metafísica del Nuevo Mundo*

Sobre esta aguda reflexión sobre el descubrimiento apoya otra no menos perspicaz sobre la novedad, porque: "en cuanto temporal y progresivo, lo descubierto se muestra como nuevo"<sup>181</sup>. Parte de la distinción entre originariedad y originalidad<sup>182</sup>.

Antes de su descubrimiento existía, se dice a veces, una América originaria. Sin embargo, debe admitirse que no era conocida. "Una conciencia primitiva, nada podría decir desde que está inmersa en la indistinción del todo; una conciencia crítica, nada podría decir desde que nada ha descubierto todavía. En este sentido, América no-descubierta sería un continente mudo, una suerte de cuasi no-ser; pues la pura y simple presencialidad muda, es como si nada, lo puramente originario; sería una entidad todavía impenetrable aunque primigenia"<sup>183</sup>.

Existía un mundo originario, porque: "En el caso de América previa al descubrimiento, continente mudo en cuanto todavía sumido en la indistinción mágico-primitiva, es posible hablar de su previa originariedad como un mundo que 'hasta entonces estaba oculto'. En este sentido, y sólo en ese sentido, podemos emplear la expresión América originaria. Una suerte de Véteroamérica allí supuesta, pero a la que nadie le es posible volver en una suerte de imposible telurismo"<sup>184</sup>.

Puesto que "lo des-cubierto, en verdad, comparece"<sup>185</sup>, se presenta a alguien en un lugar, porque ha sido requerido para declarar algo: "La simple originariedad

79. *Ibid.*, p. 52. "Descubrir es, también, conocer en su sentido más originario. Y conocer es poseer; como incorporación de lo descubierto, ya que el sujeto que conoce hace suyo (cognoscitivamente) al ente conocido" (*Ibid.*, p. 53).

80. *Ibid.*, p. 52. "Mientras la Pinta 'halló tierra', el Almirante fue a 'descubrir' lo que hasta entonces estaba oculto" (*Ibid.*, p. 52).

81. *Ibid.*, p. 52.

82. El término originario lo toma en el sentido de origen o principio y el de original, en el de distinto o característico

83. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 53. "Antes de 1492 América no existía y comenzó a existir desde el acto de descubrimiento de su originariedad. Acto inicial realizado el viernes 12 de octubre de 1492 y acto progresivo a lo largo del tiempo de cinco siglos" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1992, 3v, v. I, p. 10). Véase: E. FORMENT, *Alberto Caturelli, Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, en "Espíritu" (Barcelona), XLIV/111 (1995), pp. 96-97.

84. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 53. Véase: E. FORMENT, *Filosofía de Iberoamérica*, en "Espíritu" (Barcelona), LXI (1992), pp. 75-88.

85. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 52.

del mundo pre-colombino, encubre y guarda aquello que hay, cuya muda clausura sufrirá la ruptura del acto descubridor. Naturalmente que, en tal caso, lo descubierta que comparece ante la conciencia comienza a decir algo y a decirlo a alguien. No se trata ya de un continente mudo que es como si nada, sino que, descubrirlo es, ineludiblemente, develarlo en su ser".

El acto descubridor es así un: "acto fundamental y fundacional", porque "a la vez que consiste en la ruptura y apertura de la *originariedad*, ésta condenado a la originalidad en el sentido de lo que emerge y se sostiene y crece desde sí mismo". La *originariedad* se convierte en originalidad.

En esta conversión consiste el descubrir. Por consiguiente: "Todo descubrimiento es original y no es posible la originalidad sin la oscura y previa *originariedad*. De ahí que el descubrimiento no consiste en un acto ciego de mero hallazgo que, por sí mismo, concluye en el mismo momento en el cual es ejercido; consiste más bien en un acto inicial y progresivo (supuesto aquel transcurso inagotable) que puede demandar un continuado esfuerzo heroico que, además, debe recomenzar en el desarrollo del tiempo"

En el descubrimiento de América, por tanto: "Aunque el acto inicial haya sido ejercido el 12 de octubre de 1492, precisamente por ser descubrimiento, exige la tarea, jamás concluida del todo, del progresivo develamiento; y, a su vez, la emersión quizá sumamente difícil, de la *originalidad americana*".

Por un lado, hay que tener en cuenta lo originario. "Podrá haber *originariedad* sin descubrimiento por el espíritu (y así jamás lo hubiésemos sabido); pero no podrá haber originalidad sin *originariedad*. Esta tensión *originariedad*-originalidad, sin límites precisos (...) aparece en el momento en el cual el acto del descubrimiento rompe la *originariedad* primitiva y abre el camino de toda posible originalidad".

Por otro, que: "Esta originalidad emergente es siempre *nueva* y su novedad depende siempre del acto del espíritu". La originalidad lleva a la novedad. De este modo: "La *originariedad* es abisal, muda 'antigua', la originalidad es emergente, dice su palabra y es siempre nueva".

Se comprende así que: "No es posible, por tanto, un regreso a la pura *originariedad*, como quieren ciertas actitudes telúricas, que anhelan un regreso a la oscuridad primigenia. el solo acto de quererlo pone de manifiesto su contradictoriedad esencial porque para ello, es menester la escisión del acto descubridor que vuelve imposible todo regreso a la indistinción originaria. En todo caso sólo se lograría una posición artificial o, mejor, artificiosa. como muchos 'indigenismo', que, en realidad, suelen manipular ideológicamente a los indígenas".

También advierte Caturelli que: "Sería opuesto a la naturaleza del descubrimiento, la simple adición extrínseca de abstractas formas culturales europeas que perderían aquí su carácter de europeas para transformarse en 'europeísmo' sin sentido"<sup>86</sup>.

86. Ibid., p. 54. "Toda yuxtaposición extrínseca no será más que un modo de colonialismo cultural y en el fondo una no-cultura o una anti-cultura" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. III, p. 543).

Hay que tener presente que: "el descubrimiento de la originariedad abre el camino de la originalidad auténtica que es siempre novedad. En ese sentido, es perfectamente justo el nombre que pronto se abrió paso: *Nuevo Mundo*"<sup>87</sup>

La metafísica del descubrimiento y de la novedad enseña que: "Si América ha de ser ella misma, debe continuar el descubrimiento, sin olvidar su propia originariedad, como fuente de toda posible originalidad, de lo contrario, se condenaría a pseudo-vivir colonialmente. Buscar, pues, el propio ser es comenzar no por lo más pequeño ni por la decadencia, sino por lo auténticamente grande, por modesto que pudiera parecer (...) América está 'condenada' a la originalidad y el descubrimiento inicial es solamente inicial e implica la necesidad de ser cotidianamente renovado".

El descubrimiento no ha terminado y tiene que continuar apareciendo al novedad, desde la originariedad americana. "Podría decirse que América conserva, al menos hasta cierto punto, la originariedad de la tierra; de ahí que, en ella, el hombre se encuentre a la intemperie, sin esa suerte de aposento seguro, limitado, como es el cosmos europeo".

Es muy cierto, como indica Caturelli que: "el hombre europeo, al llegar a América, percibe el 'choque' de la inmensidad y de las distancias que, para él, no son connaturales al sujeto humano. Pero quizá lo que no percibe es que la inmensidad no lo dice todo ni lo es todo. Porque lo que verdaderamente subyace en esta primera impresión es la presencia de la *originariedad cósmica*, el abisal comparecer de la geografía que, en su mismo mostrarse, patentiza que, en ella, con escasas excepciones, no se ha realizado todavía aquel trabajo como de intususcepción metafísica que rompe la originariedad telúrica, es decir, la labor propiamente *cultural* de milenios que, alejada y del todo del neolítico, descubre la geografía y mantiene por siglos, 'sobre' ella, la mediación del espíritu".

Ya en este ámbito cósmico, se diferencian. "Mientras el cosmos europeo (...) está 'culturizado' hasta el punto que cuesta mucho esfuerzo reencontrarse con la originariedad cósmica, el cosmos americano muestra la inmedita originariedad de la tierra"<sup>88</sup>.

Diferencias que no dan preeminencia, porque: "Ambos tienen su peligro siempre presente: el cosmos europeo corre el riesgo –por momentos verdaderamente mortal– de olvidar absolutamente la originariedad cósmica inmolada en un culturalismo decadente y refinado y, cuanto más refinado más decadente; el cosmos americano corre el riesgo de 'cosmosificar', deglutir, succionar, la cultura. Sin embargo, tiene quizá una ventaja: la frescura virginal de la originariedad de la tierra, garantía de toda posible originalidad"<sup>89</sup>. Es más fácil la novedad.

87. Ibid., p. 55. "Ni europeo ni americano, genera lo bastardo, una suerte de vástago ilegítimo y necesariamente estéril. Sin descendencia" (Ibid.).

88. Ibid., p. 56. El "cosmos europeo" está "culturalizado" por el hombre, aposento conocido y dispuesto según propociones connaturales al hombre" (Ibid., p. 59)

89. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit. p. 56. Véase: E. FORMENT, *Filosofía de Iberoamérica en Alberto Caturelli*, en "Sapientia" (Buenos Aires), , 47/186 (1992), pp. 281-294.

### 7. Teología del Nuevo Mundo

El acto descubridor e innovador fue de una conciencia cristiana<sup>90</sup>. Además: "El descubrimiento como acto de conciencia cristiana, conlleva, en el caso de América, la tradición greco-romana-ibérica, no como meros momentos yuxtapuestos sino como constitutivos ineliminables. Sólo a esta conciencia que, por la mediación del pensamiento, es conciencia crítica, le era posible descubrir y hacer de este acto un acto progresivo"<sup>91</sup>.

El carácter cristiano de la conciencia descubridora permitirá todavía una mayor originalidad, una mayor novedad, porque: "El descubrimiento como acto de la conciencia cristiana, conlleva la necesidad de transmutar ese mundo sobrenaturalmente 'viejo' en 'nuevo'. En este sentido, el mundo precolombino irá saliendo de la vejez para alcanzar el estado de la 'nueva creatura' que es su radical novedad sobrenatural; trátase pues de una *novedad naciente* como resultado de la paulatina conversión de los aborígenes por obra de los misioneros en cuanto cristóforos, transmisores de la Palabra. Y así se comprueba que el mundo, geográfica y humanamente nuevo, irá conquistando una *novedad incommensurablemente más radical*, porque se trata de la novedad del hombre nuevo injertado en el Nuevo Adán. En ese sentido, América llega a ser el *Nuevo Mundo* y está llegando progresivamente a esta 'novedad' inagotable"<sup>92</sup>.

Recordando "el gran principio de la 'encarnación' formulado por San Ireneo. 'lo que no es asumido no es redimido'<sup>93</sup>, señala Caturelli que: "Cuanto es asumido por la 'encarnación' de la Palabra en el proceso de evangelización es 'demitificado' (limpiado de mitos, magia, superstición, idolatría, fetichismo, sincretismo, animismo, dualismo, fatalismo) y, precisamente en cuanto asumido, transfigurado; aquello asumido sigue siendo el mismo (substancialmente el mismo) y es, ahora, incommensurablemente nuevo, sin dejar de ser el mismo"<sup>94</sup>.

90. "El acto del descubrimiento, inicial y progresivo, se ha producido en el presente de la conciencia de un hombre que responde a su nombre propio: Cristóforo. 'el que lleva a Cristo'. Y cada nombre expresa su inclinable simbolismo. Es verdad, lamentablemente, que el hombre contemporáneo ha perdido el sentido del simbolismo de los nombres en al medida que es aniquilado progresivamente por un mundo para el que nada tiene valor mientras no se mida ni se pese; un mundo extravertido por la tecnología y la dialéctica negativa producción-consumo que ha convertido al hombre en un des-memoriado de sí mismo; es decir, un a-nónimo" (Ibid. p. 61).

91. Ibid., p. 169. En cambio: "para una conciencia en unión mítico-mágica con el todo no le es posible el descubrimiento crítico sino el estupor y la perplejidad puestos de manifiesto en las narraciones mágicas de la conquista relatadas por los indios" (Ibid.).

92. Ibid., p. 68. Puede calificarse de autóctono a este Nuevo Mundo, porque: "Lo autóctono (...) surge del descubrimiento inicial y progresivo, proceso inexhausto que por la desmitificación y transfiguración obrada por la Palabra, ha engendrado a Iberoamérica como lo nuevo y original, con novedad natural y sobrenatural". Predica Caturelli que: "Cuando se dice 'autéctono' se menta a quienes son de la misma tierra. En este caso, la tierra significa lo originario develado por la conciencia crítica descubridora como acto inicial-temporal y por eso, es comienzo de la historia; de modo que lo emergente de este proceso constituye lo único de veras autóctono. De este acto fecundo e inexhausto (fundador de Iberoamérica) surgió la originalidad que implica una cultura nueva y a la vez, expresiva tanto del originario mundo precolombino cuanto de la tradición clásica" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. III, p. 543)

93. Ibid., p. 280.

94. Ibid., p. 285



La desmitificación es imprescindible siempre, porque: "Si lo que no es asumido no es redimido, es inevitable la crítica interna de cada cultura en el proceso de evangelización; esta asunción o 'encarnación' de la Palabra corrige, purifica, exorciza el pecado, los mitos, las idolatrías: se trata del inevitable momento de y al que podemos denominar desmitificación: es un acto inicial, porque comienza con el mismo acto primero de 'encarnación' de la Palabra y es progresivo en cuanto proceso nunca concluido, porque el pecado, los mitos, nuevos mitos e idolatrías propias del hombre 'viejo' pugnan por regresar"<sup>95</sup>.

La conciencia cristiana, a su vez "llevaba en sí misma –no como una yuxtaposición extrínseca sino como lo constitutivamente suyo– la cultura clásica (griega, latina e ibérica) desmitificada y transfigurada progresivamente desde la predicación de los Apóstoles"<sup>96</sup>.

Con el descubrimiento inicial, acto de la conciencia cristiana, se inició un proceso evangélico, e igualmente de fundación de una cultura y una historia. "El acto del descubrimiento inicial y progresivo implicaba no solamente el fin principal de la evangelización, sino el de la fundación, también progresiva de un mundo nuevo"<sup>97</sup>.

Explica Caturelli que: "Fundar es poner la base, es asentar y también erigir, cimentar sólidamente. Mediante el mestizaje, la erección de ciudades, el establecimiento de las instituciones de gobierno y de cultura, España funda sobre lo originario la originalidad del Nuevo Mundo, pero no funda ni puede hacerlo sola sino con el mundo precolombino. Esta fusión es, pues, fundación y esta fundación equivale a la fundación de América"<sup>98</sup>.

Esta génesis explica que, en América: "La fundación es (...) progresiva y, además, irreversible (...) Un blanco racialmente puro es, sin embargo, mestizo espiritualmente; un indio racialmente puro es, sin embargo, espiritualmente mestizo (...) Fundación es también, fusión en este caso y, por consiguiente, nacimiento de algo nuevo, distinto, original, enraizado en la tradición greco-romana-ibérica y católica y en la presencia vital de lo originario. En este sentido, no puede negársele a España su *maternidad histórica* respecto de América, por eso, su hija se llama y se llama bien, Iberoamérica o Hispanoamérica"<sup>99</sup>.

95. Ibid., p. 281. Véase: E. FORMENT, *Filosofía inmanenista y filosofía cristiana de Iberoamérica*, en "Revista de Filosofía" (México), 75 (1992), pp. 320-341.

96. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 296. "La conciencia descubridora ha sido la conciencia cristiana para la cual nada es redimido si no es asumido; por eso, la develación de lo originario precolombino significó su asunción y su transfiguración abriendo así el camino de la originalidad iberoamericana. Este hecho de enorme importancia histórica implicaba la 'encarnación' de toda la tradición griega, romana e ibérica en la originariedad precolombina" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. I, p. 10)..

97. Ibid., pp. 172-173.

98. Ibid., p. 173. "La conciencia descubridora y fundadora ha sido la matriz de la novedad del Nuevo Mundo el que no es nuevo sólo geográfica, histórica o políticamente, sino espiritual y culturalmente" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. I, p. 119.

99. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit. p. 173.



En este mestizaje somático y espiritual, en la fundación de ciudades, instituciones, y, en definitiva de una nueva cultura, hay una transfiguración de lo originario por el aporte hispánico, pero que es original. "Así como en el amor humano, el hijo generado por los padres implica la maravilla de su novedad, del mismo modo, Hispanoamérica ha sido generada por España aunque ya no sea propiamente España; por lo mismo, cada país, hijo del mismo seno, no puede no ser sino hermano del otro. Y descubrimos no solamente la maternidad histórica de España sino la *hermandad iberoamericana*: así como un hijo no es como el otro ni como los demás y cada uno es diverso e intransferiblemente original, por modesto que fuere, del mismo modo, cada país iberoamericano, en su originalidad propia es constitutivamente hermano del otro y de cada uno de los otros. Por eso, todos, con España, constituyen una *unidad de familia*. Y esta familia expresa y expresará lo más occidental de la cultura de Occidente"<sup>100</sup>.

Lo que explica que: "como a la madre a quien siempre se la lleva en el corazón, Iberoamérica mira hacia ella con los brazos abiertos"<sup>101</sup>. Caturelli siempre ha hablado de España, de su España, de nuestra España. Ha declarado incluso que: "No es concebible una sola nación iberoamericana sin ella. Quizá hoy, así como durante ocho siglos a partir de Covadonga, Iberia se reconquistó a sí misma forjando la unidad de las Españas, de análogo modo y ante la disgregación espiritual del mundo de Occidente (en medio del desarrollo físico y la opulencia) deba iniciar el proceso de re-conquista interior forjando su unidad espiritual"<sup>102</sup>.

Por el carácter fundacional y cristiano del descubrimiento, la "unión inescindible de ambas tradiciones natural y sobrenatural, constituye la *tradición integral de Iberoamérica*"<sup>103</sup>. Según todo lo dicho: "Esta *tradición integral* que,

---

100. Ibid., p. 176. El descubrimiento español ocurrió en un momento en que: "La Escolástica hispana es la continuadora de las grandes síntesis medievales pero haciéndose críticamente cargo de las nuevas exigencias del mundo moderno. Es precisamente esa España la conquistadora de América y la fundadora de las Universidades de Hispanoamérica. Mientras en Europa la pseudo-escolástica vegeta y se esteriliza en pequeñas luchas de escuela y hasta de cátedras y al mismo tiempo comienza su desarrollo el immanentismo moderno, en España, con una actitud a la vez tradicional y moderna, renace poderosamente el pensamiento filosófico, teológico y místico hasta e punto de marcar quizá el momento culminante de la cultura cristiana" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. I, p. 34).

101. Ibid., p. 446. La acción de España en América confirma la siguiente tesis de Caturelli: "Mientras el Renacimiento paganizante atribuye todo a la naturaleza y la Reforma a la Gracia, el humanismo español restituye la integral unidad presentida en la Edad Media y en lugar de defenderla con disputas y argumentos, 'se contentaron en vivirla'" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. I, p. 35).

102. Ibid., p. 445. Sobre la independencia de las que no fueron colonias de España, sino otras Españas, nuevas Españas. Afirma Caturelli que: "La independencia de las Españas, éstas se desprendieron del tronco ibérico para conservar y desarrollar la tradición hispánica abandonada en el siglo XVIII; de ahí que la emancipación, momento fundamental del descubrimiento progresivo, haya sido como una búsqueda implícita de España" (Ibid., pp. 445-446)

103. Ibid., p. 296. "El mundo ignora (incluidos los mismos iberoamericanos) un amplísimo tramo del desarrollo del pensamiento iberoamericano; ha contribuido poderosamente para este olvido, el trágico error de creer que el pensar filosófico (y no sólo filosófico) sólo ha comenzado después de la independencia política de los pueblos iberoamericanos. Sin embargo, así como estas naciones no

en lo originario hunde sus raíces en el mundo precolombino y en el inmenso cosmos americano y, por la conciencia descubridora y evangelizadora, recibe su savia de la cultura greco-latina-ibérica, constituye una unidad sólida y viva que es *Iberoamérica católica*, el nuevo occidente de la cultura occidental<sup>104</sup>.

Sobre su naturaleza de esta realidad, "el occidente del Occidente"<sup>105</sup>, hace dos importantes observaciones. Primera, que la tradición del Nuevo Mundo es indo-hispana-católica, y si está raíz se secara desaparecería Iberoamérica<sup>106</sup>. "Concebir a la América Hispana como un inmenso continente que una vez 'desarrollado' sea un exponente de un mundo empirista, pragmático y definitivamente afincado en el 'mundo', es lo mismo que concebir otra cosa por completo opuesta a Iberoamérica, supuesta la aniquilación de este Nuevo Mundo"<sup>107</sup>.

Segunda, que: "Esta realidad insoslayable, sin separarse de una larguísima tradición pero inaugurando una realidad nueva y original, supone, al mismo tiempo, dos hechos fundamentales: la transfiguración cristiana, según los misteriosos designios de Dios, no hubiese sido posible sin el *asentimiento de María* que permitió la entrada de la eternidad del Verbo en el tiempo, y, a la vez, es lo que hace posible una *nueva Cristiandad* temporal. El 'continente de la esperanza' será una nueva (aunque en el fondo la misma) cristiandad temporal mariana. O no será nada"<sup>108</sup>.

La expresión "continente de la esperanza", que ha sido utilizada repetidamente por Juan Pablo II para calificar la realidad y modalidad americana, significaría esta alta misión, porque. "Al decir 'continente' no se refiere a ninguna nación en particular, ni a un grupo de naciones, sino a la totalidad de Iberoamérica como un corpus vivo. Al decir 'esperanza', alude a aquella tensa espera de la beatitud desde la cual y en la cual se desarrolla la historia de un continente católico.

---

comenzaron en los albores del siglo XIX sino que, como tales existen desde cuatro siglos antes, del mismo modo una verdadera historia de la filosofía de Iberamérica debe ser la expresión fiel de lo pensado durante la totalidad del tiempo de su existencia" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983, op. cit.*, v. I, p. 11).

104. *Ibid.*, p. 297. "Iberoamérica fue fundada por la conciencia cristiana y en ese acto esencial está la raíz de su propia autoctonía (...) El pensar autóctono no consiste entonces ni en la expresión (hoy imposible) de la originaria inclusión del sujeto en el objeto, acto propio de la conciencia primitiva; ni en la yuxtaposición extrínseca de un pensar extraño (bastardo) que no es ni americano, ni europeo ni asiático (...) El pensar autóctono surge en la progresiva transfiguración de lo originario hasta alcanzar el grado de una 'nueva creatura', por obra de la conciencia cristiana; y desde ella y con ella la originalidad iberoamericana es *brote nuevo* de la tradición integral del Occidente: greco, romana, cristiana. Intentar sacar a Iberoamérica de esta tradición equivale a negar su mismo ser histórico" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983, op. cit.*, v. I, pp. 10-11).

105. ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983, op. cit.*, v. I, p. 10.

106. La tradición cultural americana es, "por un lado, la tradición griega, romana e ibérica toda presente en el acto descubridor del Nuevo mundo, jamás concluido y por otro, la tradición indio-americana nacida por la transfiguración del mundo originario por obra de la conciencia cristiana" (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983, op. cit.*, v. III, p. 542).

107. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit, p. 297. Véase: E. FORMENT, Alberto Caturelli, *La Patria y el Orden temporal*, en "Espíritu" (Barcelona), XLII/108 (1993), pp. 213-214.

108. ALBERTO CATURELLI, *El Nuevo Mundo. El descubrimiento, la Conquista y la Evangelización de América y la Cultura Occidental*, op. cit., p. 297.

Trátase, pues, de un continente peregrino o en peregrinaje que, en cuanto tal, es partícipe (y heredero legítimo) de la misionalidad de la Iglesia. Para eso ha sido destinado, es decir enviado. No se trata entonces, principalmente, de la Iglesia en Iberoamérica, sino de Iberoamérica en la Iglesia. En ella Iberoamérica ha recibido un llamado al que debe responder. Y su respuesta es su destino histórico<sup>109</sup>.

En definitiva, en este tema como todos otros muchos, filosóficos, teológicos e históricos que ha tratado D. Alberto Caturelli, desde su primer libro, publicado en 1951, hasta los que está preparando en estos momentos, parece haber seguido este consejo de Martín Fierro: "Procuren, si son cantores,/ el cantar con sentimiento,/ no tiemplan el instrumento/ por solo el gusto de hablar;/ y acostúmbrense a cantar/ en cosas de jundamento"<sup>110</sup>.

EUDALDO FORMENT  
*Subdirector de ESPÍRITU*

---

109. <sup>109</sup> Ibid. pp. 449-451. Debe tenerse muy en cuenta que así como: "El Mediterráneo –con sus tres clásicas penínsulas Grecia, Italia y España– fue tránsito y hogar de la cultura occidental; del mismo modo y gracias a España, el Atlántico viene a comportarse como un nuevo Mediterráneo por donde llega el espíritu de occidente y fecunda la originariedad de América, abriéndose en ella la posibilidad de una originalidad nueva" ( (ALBERTO CATURELLI, *Historia de la Filosofía en Córdoba, 1610-1983*, op. cit., v. III, p. 11) Más concretamente: "La Argentina, la terra argentea de los mapas, geográfica y culturalmente se comporta como una gran península que termina y cierra el océano Atlántico, el nuevo Mar Mediterráneo desde que España se aventurara en la gran epopeya americana. Heredera de la cultura mediterránea, mira al Atlántico que es, en cuanto mar, nuevo vehículo de la historia y de la cultura, a diferencia del Pacífico, que se extiende como un inmenso vacío" (Ibid.).

110. JOSÉ HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Ediciones Carballeira Garrido, 1969, 1172, p. 252.